

Revolución, los Gobiernos mismos, quedaron admirados al leerlos, interpretándolos como una vuelta de Francia á concepciones de orden y de organización. Entre los franceses, muchos aplaudieron con entusiasmo las grandes ideas y las eternas verdades que Robespierre había invocado, y á millares afluyeron á la Convención comunicaciones felicitándola por su sabiduría, y una tras otra acudieron las secciones á manifestarle su ferviente adhesión, y todas las sociedades populares proclamaron al gobierno que había puesto la justicia y la virtud á la orden del día como el único digno de acabar la obra de regeneración comenzada. No dejó de comparecer también, y de los primeros, una diputación del club de los jacobinos; á la que contestó Carnot, como presidente de la Asamblea, recordándole la célebre máxima: «Un poco de filosofía conduce al ateísmo; mucha filosofía conduce á la existencia de la divinidad. Negar al Sér supremo, añadió, es negar la existencia de la naturaleza; porque, ¿qué son las leyes de la naturaleza sino la sabiduría suprema?» Por donde se ve que Carnot no era menos deísta que Robespierre, á pesar de lo cual no aprobaba los proyectos de éste. El Comité de Salvación pública ordenó que, en el frontispicio de los templos destinados á las fiestas públicas, no habria en adelante otra inscripción que la de «Al Sér Supremo».

Pero al mismo tiempo, se suscitaron alarmas y rencores, viéndose nacer una nueva religión del Estado; que oprimiría en nombre del deísmo, como se había oprimido en nombre del catolicismo. ¡Cómo no asustarse al recordar el especial carácter del proceso de Chaumette y de Gobel! ¡Ni qué importaba que Robespierre hubiese reconocido á los individuos la libertad de creer ó no creer, si sus actos estaban en contradicción con sus palabras, dado que ni Chaumette ni Gobel habían conspirado, como tampoco Anacarsis Clootz, habiendo sido todos tres condenados á muerte por ateos, no por conspiradores, y el exobispo Gobel, ni siquiera por ateo, porque marchó á la muerte orando á Dios! Hay en el *Contrato social* de Rousseau un pasaje tomado de la *República* de Platón, en que se dice que se puede matar á los ateos como enemigos de la sociedad, y en esta máxima, que Rousseau seguramente habría borrado si hubiese previsto la aplicación que había de hacerse de ella, se creía ver el verdadero pensamiento de Robespierre. Decíase que un culto cualquiera, impuesto en nombre del Estado, es contrario á la libertad de conciencia, y que, por otra parte, no era con las manos sangrientas como se podía restaurar el principio religioso, siendo un absurdo querer volver, diez y ocho siglos después del Evangelio, á los tiempos de Moisés. Naturalmente, los más irritados contra el decreto eran los revolucionarios de la escuela del barón d'Hollach, que se deshacían en sordas protestas, y los sacerdotes, los cuales fomentaban bajo cuerda la opinión de los devotos, aparentando admirarse de que se hubiese osado desbautizar á Dios é inferirle la injuria de «decretar su existencia.»

El prestigio de Robespierre crecía sin cesar. Un poco más, y llegaba á la cumbre. Un

suceso casual vino á colocarle en ella. Un desgraciado, Ladmiral, que había servido á varias grandes casas, formó el propósito de asesinar á uno de los individuos más influyentes del Comité de Salvación pública, Robespierre ó Collot, y se alojó en un cuarto de la misma casa que este último habitaba. El veintidós de Mayo se lo pasó acechando á Robespierre, sin poder haberlo, y por la noche, se apostó en la escalera de su casa esperando á Collot. Llega éste hacia media noche, recibe á quemarropa un pistoletazo, que no le da, se agarra á brazo partido con el agresor gritando «¡asesino!»; una patrulla que pasaba por la calle corre á las voces; Ladmiral se mete en su cuarto, amenazando á los que forcejeaban para echar la puerta abajo con disparar sobre los que entrasen; un cerrajero, llamado Geoffroy, entra el primero y cae al suelo herido de un disparo de fusil; los demás prenden al criminal y le llevan á la cárcel. Interrogado por Fouquier-Tinville quién le había inducido á cometer el crimen, contestó con entereza que no era un crimen, sino un servicio que había querido prestar á su país, y que su única pena era el no haber podido llevarlo á efecto. Al día siguiente, Barere refiere á la Convención, con todos los pelos y señales, aquella nueva maquinación de Pitt; la Convención aplaude; Couthon pide que la relación de Barere se traduzca á todas las lenguas y se envíe á todos los países: en esto, entra la víctima, Collot, que es acogido con estruendosas y reiteradas aclamaciones, costándole mucho trabajo el hacerse oír. Robespierre, más cuco, no pareció, aparentando sustraerse á los homenajes que le esperaban.

Aquel mismo día, una joven, llamada Cecilia Renault, de veinte años apenas, hija de un comerciante de papel, se presenta á las nueve de la noche en casa de Robespierre, con un lío debajo del brazo. Como le contestaran que la persona por quien preguntaba no estaba en casa, profirió violentas frases, diciendo que un funcionario público se debe á sus visitantes. Su insistencia, su lenguaje, su actitud suscitan sospechas; se la prende y se la entrega á la policía, que halló en el lío dos cuchillos y unas ropas. Al punto se supuso que trataba de asesinar á Robespierre. Se la preguntó para qué quería ver á Robespierre.—«Para averiguar, contestó, cómo está hecho un tirano.»—De los cuchillos dijo que no pensaba hacer uso de ellos, y en cuanto á las ropas, que las llevaba porque esperaba ser llevada á la cárcel y de la cárcel á la guillotina. Añadió que era realista, porque prefería un rey á cincuenta mil tiranos.

El asesinato enaltece á las víctimas cuando se le escapan. Collot y Robespierre fueron ahora objeto de una verdadera idolatría por parte de los revolucionarios. Se dió al suceso extraordinarias proporciones; se imaginó que había numerosa banda de asesinos seducidos ó pagados; todo el mundo corrió á saludar á los individuos del Comité y á recomendarles velar por sus días, tan preciosos para la patria, y de nuevo desfilaron por la Convención diputaciones de las secciones, y cayó sobre ella una lluvia de comunicaciones dándole el parabién. Al día siguiente, veinticinco de Mayo, Collot y Robespierre asistieron al

club de los jacobinos, donde el entusiasmo estalló de un modo conmovedor, terrible. Legendre llegó á proponer que se diese una guardia á los representantes amenazados, lo que equivalía á conferirles las insignias del poder soberano. Rodeado de una escolta, Robespierre, á quien ya todo el mundo acusaba de aspirar á la dictadura, hubiese aparecido como un segundo Pisistrato. Así lo comprendió él, y se apresuró á rechazar con viveza y simulada modestia, un honor que hubiese comprometido su vida. La modestia en esta ocasión era un consejo de la prudencia.

El veintiséis de Mayo, Barere leyó á la Asamblea nacional una comunicación acerca de los atentados que la opinión pública atribuía á la política de Pitt, bosquejando un cuadro verdadero en el fondo, pero de tintas asaz fuertes, y en el que imputaba al pueblo inglés los agravios de su gobierno. Todo debía parecerle poco para inclinar la opinión á favor de este horroroso decreto, que propuso y que se votó: «La Convención nacional decreta que no se hará ningún prisionero inglés ni hanoveriano.» En esta misma sesión, pronunció Robespierre un discurso de tonos muy elevados. «Será un hermoso ejemplo para la posteridad, dijo, y es ya un espectáculo digno de la tierra y del cielo, el ver á la Asamblea de los representantes del pueblo francés llevar con una mano á los pies del eterno Autor de las cosas los homenajes de un gran pueblo, y con la otra lanzar el rayo á los tiranos conjurados contra él, fundar la primera República del mundo y devolver á los mortales la libertad, la justicia y la virtud desterradas. Perecerán los tiranos armados contra el pueblo francés; perecerán las facciones que se apoyan en el extranjero... Esperaban exterminar á la representación nacional por la revolución pagada... ¿qué les queda? El asesinato... Rodeado de sus asesinos, yo mismo me he colocado ya en el nuevo orden de cosas á donde quieren enviarme. No tengo apego á una vida efímera más que por el amor á la patria y la sed de justicia, y desprendido más que nunca de todas las consideraciones personales, me siento mejor dispuesto á combatir con energía á los malvados que conspiran contra mi país y contra el género humano.»

Vino como á consagrar la dictadura de Robespierre la fiesta al Sér Supremo, cuya presidencia le había conferido la Asamblea. Se celebró no el dos, sino el veinte prairial, ocho de Junio. El día estaba espléndido. «Al través de la transparencia del firmamento, la mirada parecía columbrar otros cielos.» La ciudad amaneció engalanada: las casas, con ramas de árboles ó con guirnaldas; el pavimento de las calles, con flores; las encrucijadas, con banderas: con gallardetes, los bajeles del Sena. Desde muy temprano, la gente se echó á la calle. A las ocho, disparos de cañón llamaron al pueblo al jardín de las Tullerías, donde un vasto anfiteatro subía desde los parques hasta el pabellón del reloj, y una estatua colosal cubría la superficie ocupada por el gran estanque. En el anfiteatro tomó asiento la Convención. Todo se hizo como lo había dispuesto el organizador de la fiesta, David. Las madres llevaban ramilletes de rosas; las doncellas, cestas llenas de flores; los

hombres, ramos de encina. El instrumento de los suplicios, la guillotina, se había cubierto con un velo, como en señal de que no volvería á funcionar. La muchedumbre, viendo al Gobierno revolucionario invocar á Dios, abrió su corazón á la esperanza de que la revolución había concluido; «y unos á otros, dice un testigo ocular, Nodier, se acercaban sin conocerse, se abrazaban sin nombrarse.» «El hombre, escribe Michelet, cree invenciblemente, por la lógica del corazón, que el creador de la vida es también el que la conserva, y que Dios significa clemencia.» Robespierre cometió la indiscreción de retrasarse, lo que interpretaron á mala parte muchos de sus compañeros. Su llegada fué saludada con entusiastas aclamaciones de la muchedumbre. Pronunció un breve discurso de tonos elevados, pero de sentido vago. Consideró como el espectáculo más augusto que contemplaran jamás ojos humanos, el de una nación en guerra con los opresores del género humano suspendiendo el curso de sus mejores trabajos para elevar su pensamiento hacia el gran Sér que le diera la misión de emprenderlos y la fuerza de ejecutarlos. Dió gracias á Dios por haber colocado en el seno del opresor triunfante el remordimiento y el espanto; en el corazón del inocente oprimido, la calma y la altivez. «El Autor de la Naturaleza, añadió; ha unido á todos los mortales con una cadena inmensa de felicidad y de amor; ¡perezcan los tiranos que han osado romperla!» ¡Qué hermoso instante aquel para anunciar al mundo el fin del terror y que una nueva era de concordia y amor comenzaba! Pero Robespierre retrocedió ante esta magnánima declaración. «Entreguémonos hoy por entero á los transportes de la alegría más pura; mañana combatiremos otra vez los vicios y á los tiranos.» ¡Qué desencanto! La fiesta no era más que la tregua de un día; nada de dulzura, nada de clemencia.

Terminado el discurso, Robespierre bajó de su asiento y se dirigió hacia un grupo de monstruos, que representaban el ateísmo, el egoísmo, la discordia y la ambición, y les pegó fuego. Al hundirse el grupo, debía aparecer, de pie sobre sus restos, la estatua de la Sabiduría. Pero sucedió que, habiéndose incendiado el velo que la cubría, la Sabiduría se ostentó ennegrecida por las llamas, en lo que los enemigos de Robespierre vieron un emblema y un presagio.

Cumplida esta primera parte de la ceremonia, la Convención, seguida de todo el pueblo, se dirigió al Campo de Marte. Marchaba rodeada de una cinta tricolor, que sostenían niños adolescentes, adultos y ancianos, adornados todos, según las diferencias de edad, de violetas, mirtos, hojas de encina ó pámpanos. Los diputados llevaban en la mano un ramillete de espigas de trigo, flores y frutos, y vestían el traje azul de anchas vueltas, el penacho y el cinto tricolor de los representantes en comisión. En el centro de la representación nacional rodaba un carro de forma antigua, tirado por ocho toros, con cuernos de oro, y sobre el que brillaba un trofeo, formado con los instrumentos de las artes. Delante, un buen espacio, iba Robespierre vestido de azul celeste, ostentando en la mano un

CAPILLA ALFONSO X  
BIBLIOTECA

enorme ramillete de espigas, flores y frutos, y plácido, como iluminado por un rayo de alegría, su semblante, de ordinario tan contraído y tan sombrío. Porque la fisonomía del gran jacobino era muy singular, de esas fisonomías llenas de contradicciones y de enigmas, que conturban y que alarman. En los retratos que han llegado hasta nosotros de esta época de su vida, tiene la frente de un pensador; los ojos, recogidos y mirando como hacia dentro, no carecen de dulzura; pero sus labios, delgados y apretados, son de una expresión espantosa, revelándose en ellos el esfuerzo perpetuo, la tensión extrema, que le daban frecuentes temblores nerviosos. El pueblo, dominado aún por la primera impresión de la fiesta, aplaudía; mas la Convención marchaba silenciosa y triste.

En el centro del Campo de Marte habíase levantado una montaña simbólica, en cuya cumbre se acomodó la Convención, esparciéndose en derredor el inmenso cortejo que la seguía. El cuadro que entonces se ofreció á la vista fué de indescriptible grandeza. Un coro de dos mil quinientas voces entona un himno al Sér Supremo, compuesto por Chenier; las jóvenes esparcen flores por doquiera; las madres elevan sus hijos hacia el cielo; los mancebos reciben inclinados la bendición paterna, luego se hierguen y agitan los sables, jurando no envainarlos hasta no haber salvado á la patria; y todo esto, junto á lo espléndido del día, la variedad y frescura de los adornos, el entusiasmo de las aclamaciones y el ruido de las trompetas, formaba, por testimonio unánime de los contemporáneos, una escena conmovedora, tan imponente como la de la Gran Federación. Pero ¡cuán lejos se estaba en el fondo, de aquella primera y venturosa edad de la Revolución! Por las ideas, por los afectos, por las esperanzas, no cuatro años, siglos habían transcurrido entre estas dos jornadas.

El regreso fué siniestro. Los montañeses no pudieron ya reprimir su cólera, viendo á Robespierre officiar de gran sacerdote. A los oídos de éste llegaron, durante el camino, palabras preñadas de amenazas. «Míralo decía uno, no le basta con ser amo, quiere ser Dios.»—Otro le increpaba: «Gran sacerdote, la roca Tarpeya no está lejos de aquí.»—Un tercero murmuraba: «Todavía hay Brutos.»—Volvió á su casa con el alma llena de presentimientos lúgubres y oprimido el corazón. Había entre los representantes muchos arrepentidos de haber dejado, en un momento de estupor, perecer á Dantón, y que soñaban en rehabilitarse vengándole: otros había que comenzaban también á pensar en vengar á la Gironda, y no faltaban quienes guardasen ocultos los odios del hebertismo; y todas estas pasiones, buenas y malas, se coaligaban contra el hombre que había derribado todos los partidos y que amenazaba acabar con los restos de ellos que aun quedaban. Por todo esto, lejos de abrirse con la fiesta del Sér supremo una era de clemencia, Robespierre se preparó á echar nuevo combustible al Terror.

El veintidós de priaral, diez de Junio, Couthon leyó á la Asamblea en nombre del Comité de Salvación pública, sin embargo de no haber sido sometido á la aprobación de éste,

un proyecto de ley redactado por Robespierre, en el que se proponía la reforma del Tribunal revolucionario, en consonancia con los principios que habían informado las instrucciones enviadas á la comisión de Orange. El discurso de Couthon fué una sarta de conclusiones sofisticadas, deducidas de vez en cuando de premisas verdaderas. Transcribimos algunos de sus párrafos más sustanciosos. «Todas nuestras ideas, en las diversas partes del gobierno, debieron haber sido reformadas, por no ser otra cosa que prejuicios creados por la perfidia y el interés del despotismo, ó una mezcla extravagante de impostura y de verdad, resultado inevitable de las transacciones que la razón le había arrancado. Estas nociones falsas ú oscuras han sobrevivido en gran parte á la misma Revolución, porque los enemigos de la libertad han agotado todos los recursos de la intriga para perpetuarlas. El orden judicial, especialmente, nos ofrece un notable ejemplo de esto, siendo tan favorable al crimen como opresivo á la inocencia... El régimen del despotismo había creado una verdad judicial, que no era la verdad moral y natural, que hasta era contraria á ésta, y que, sin embargo, decidía con las pasiones de la suerte de la inocencia y del crimen; la evidencia no tenía el derecho de convencer sin testigos y sin escritos, y la mentira, en cambio, rodeada de este cortejo, tenía el de dictar los fallos de la justicia. La judicatura era una especie de sacerdocio fundado en el error, y la justicia, una falsa religión compuesta de dogmas, ritos y misterios, de los que la moral estaba desterrada. Los indugentes contra-revolucionarios han tratado de sujetar á estas reglas la justicia nacional y el Tribunal de la revolución...»

Merece atención la diferencia que señala entre las medidas tomadas por la República para sofocar las conspiraciones, y las funciones ordinarias de los tribunales para los delitos privados y en tiempos de calma. «Los delitos ordinarios no afectan directamente más que á los individuos, á la sociedad sólo indirectamente, y como por su naturaleza no exponen el interés público á un peligro inminente, la justicia encargada de penarlos puede permitirse algunos aplazamientos, cierto lujo de formas y hasta algo como de parcialidad para con el acusado; apenas le incumbe otra cosa que ocuparse tranquilamente en precauciones delicadas, para garantir á los débiles contra los abusos del poder judicial. Esta doctrina es la de la humanidad, por estar conforme tanto con el interés público como con el privado. Por lo contrario, los crímenes de los conspiradores amenazan directamente la existencia de la sociedad ó su libertad, que es lo mismo. En este caso, la vida de los malvados se pone en paragon con la del pueblo, y claro es que toda lentitud es culpable; toda formalidad indulgente ó superflua, un peligro público. El plazo para castigar á los enemigos de la patria debe limitarse al tiempo preciso para reconocerlos; se trata menos de castigarlos que de extinguirlos. Una revolución como la nuestra entraña una rápida sucesión de conspiraciones; porque es la guerra de la tiranía contra la libertad, del crimen contra la virtud. No se trata de dar ejemplos, sino de exterminar á los implacables

CAPITULO ALFONSO